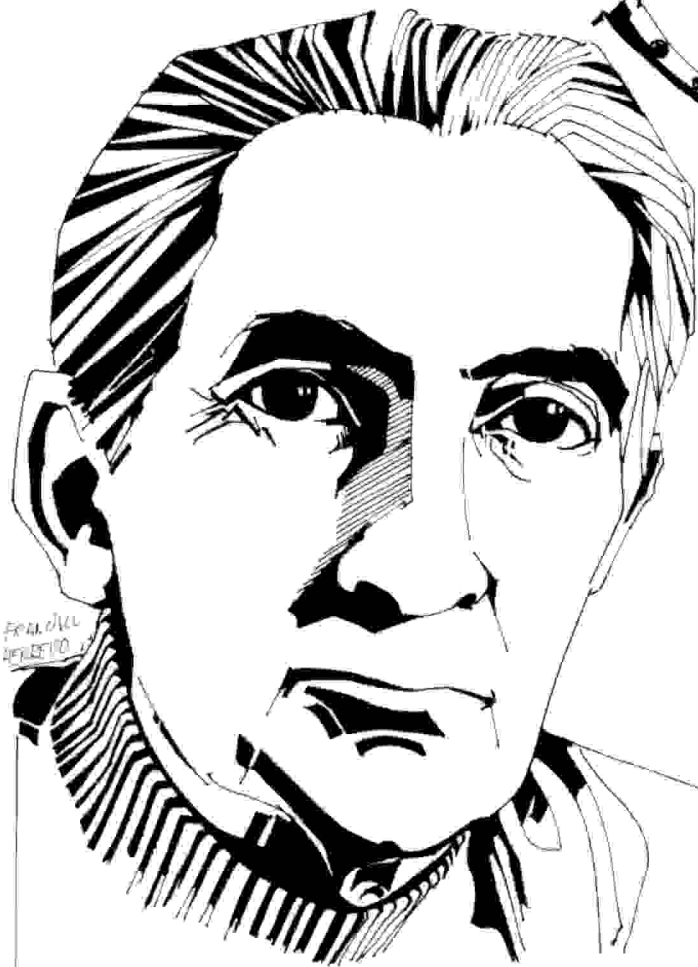


CRECIDA EN LA VOZ:

NERUDA Y OTERO



*"Sí, las flores,
las algas,
las arenas,
pero detrás de todo
el mar
como un caballo desbocado
en el viento,
caballo azul, caballo
de cabellera blanca,
siempre
galopando."*

P. Neruda

*"y el mar, cuando se mueve
e inventa otra postura,
es sólo por sentirse de este lado
más ágil de recuerdos y amarguras".*

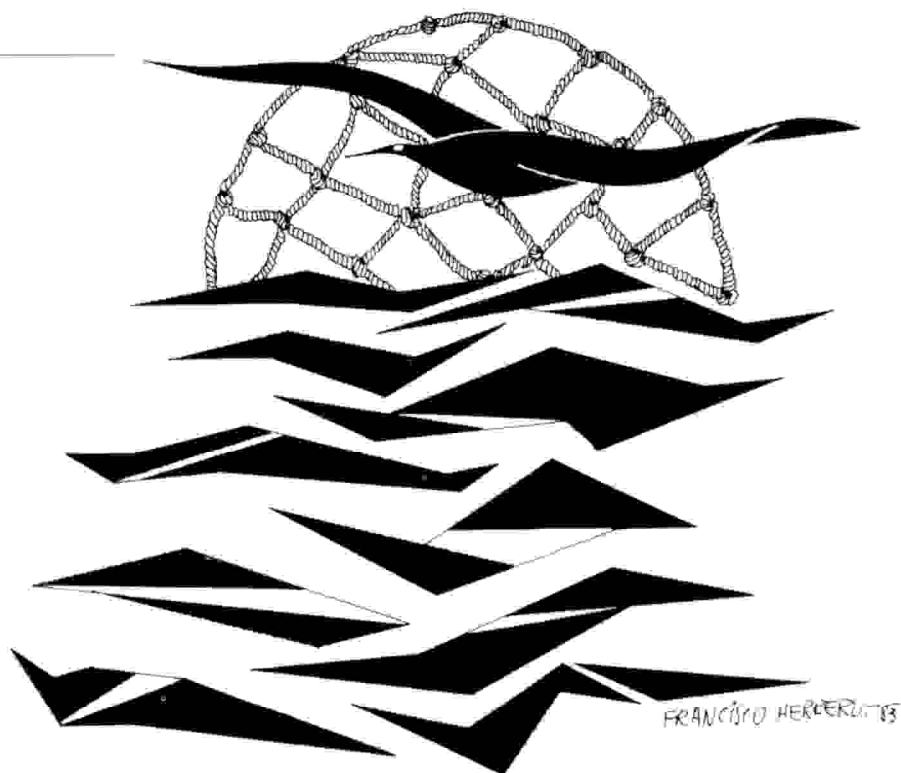
B. de Otero

Ungida por el sol cede sus remos; su crin aérea galopando hacia la noche. Ella mide su empuje y su frecuencia, fija el brocal de su postura, elige el ritmo visceral de sus vaivenes. Tiende sus flancos hacia el alba y se dilata hasta los ciegos principados de la piedra, hasta la cala desangrada, hasta la orilla repujada y decadente... Una y otra vez; así arracima los penachos de su espuma, así se rompe, ciñendo sus perfiles circunscritos... Una y otra vez; así se enciende, así se suma. Así escala la voz del arrecife y asola su clamor y continúa...

Una y otra vez -también- desde Homero a Peri Rossi, desde Neruda a Supervielle, esta yegua de sal, semilla verdecida y maternaria, ha sido objeto propicio para el verso. Como si su propio componente bioquímico adentrándose en la psiquis dirigiese las corrientes de la inspiración hacia las llambrias de sus bridas imposibles. Así el hombre, el poeta, ha ido acumulando en sus escritos la caricia de su cauce primigenio, el duro piafar de sus borrascas, el sello azul de todas sus mareas.

No obstante, muy pocos -si nos atenemos a nuestros contemporáneos- han conseguido descender hasta sus cascos submarinos, hilar la aguja gris de su oleaje, cercar el sueño de su abismo como Neruda y Blas de Otero. Entrelazados, ambos, en una serie de matices, convergentes unos y divergentes otros, consustanciales todos ellos a su propia personalidad y establecidos los primeros en cuanto a su aspecto receptivo se refiere. Tanto para Otero como para Neruda el mar es fuente de vida, natura en su ser, masa inasible, habitáculo de luces y de sombras... Es el mar "que dice y que no dice" de Neruda y el que calla lo que Otero no comprende: "Mira, Señor, que tanto llanto, arriba, / en pleamar, oleando a la deriva, / amenaza cubrimos con la Nada." Pero, sobre todo, el mar es en ellos, en sus poemas, vocablo pregnante y misterioso, concepto transmutable, imprescindible en el trajín de su quehacer poético. Este fenómeno de conversión, en Neruda, surge en espiral de la materia y acaba deslizándose hasta ella: "Calles del mar, del viento, / del día duro envuelto en aire y ola, / callejones que cantan hacia arriba / en espiral como las caracolas"; y en Blas aflora de su inquietud religiosa y se proyecta hacia un Dios "bruñido en sombras", tanto más cierto por cuanto añorado: "Salva, ¡oh Yavé! mi muerte de la muerte. / Ancléame en tu mar, no me desames. / Amor más que inmortal. Que pueda verte."

Esta transformación surte a la poemática de ambos de un efecto de vaivén profundo, de aureola mágica y confusa, intermitente... Por lo que a Otero acontece, este vaivén hace que el mar -su concepto- establezca, en el misticismo un tanto agónico del poeta, un flujo constante de Dios-no Dios, ambigüedad en el concepto y en el sustrato marino que lo enciende: dualidad perfectamente reflejada en estos cuatro endecasílabos del poema titulado "Mar adentro": "A remo y vela voy, tan ladeado / que Dios se anubla cuanto el mar se atreve; / orzado el mar, le dejo



FRANCISCO HERBERICHS

que me lleve... / Oh llambrias: recibid a un desparriado.", y en estos otros en los que la transmutación es completa, total: "Sábanas son el mar, navío el lecho, / sedas hinchadas a favor de espanto." Versos no exentos de connotación -mas bien cercanos- a estos son los que Neruda sitúa al Creador junto a la costa, en el ámbito de su "Crepusculario": "Si Dios gimiera en esta playa / nadie oiría sus gemidos!". Así, el mar, su quintaesencia, pasa a un segundo plano, más lejos de la realidad objetiva pero mucho más cercano a la sensibilidad del poeta. Así pues, el agua cede su son, deja de ser para latir en el poema y viceversa.

En cuanto a las discrepancias, éstas -que ya se intuyen en el perfil ambiguo de algunas de sus convergencias- surgen tanto en la forma como en el fondo ideológico y de ello dan fe los predicados básicos con los que ambos establecen las directrices de sus "poéticas" correspondientes.

Neruda, palma araucana, mota sideral, papa terrena, pulsa la materia desde sus prolegómenos creativos y así nos dice: "Lo segundo que hago es cortar / con sierra de chisporroteo / la tabla recién elegida: / de la tabla salen los versos / como astillas emancipadas, / fragantes, fuertes y distantes / para que ahora mi poemá / tenga piso, casco, carena, / se levante junto al camino, / sea habitado por el mar."

Otero, más abocado a lo metafísico, se somete -antes de navegar por el poema- a una depuración introspectiva del espíritu: "Tiene que reposar mi pensamiento, / limpiarse de hojarasca sensitivas, / y entonces, sí, las aguas hoy cautivas, / brotarán hacia el mar, como un lamento."

Esta es -quizás- la interrelación divergente más reseñable entre los dos poetas. En tanto que Neruda escucha el aleteo del albatros, siente al salitre derramarse por su sangre, cede a la espuma un nuevo nido en el ciclo dolorido de sus ojos..., Otero irrumpe entre la broza, cercena las escalas de la brea, en busca de una luz que oriente su bitácora, clamando hacia las simas abisales, quemando su agonía en el intento, como si un hálito divino lo adueñara y redujera el flujo de su mar y de su ser y sólo el fuego de su verso izara: "Oh, cállate, Seños, tu voz se abra, / estalle como un mar, como una roca / gigante. Ay, tu silencio vuelve loca / al alma: ella ve el mar, mas nunca el abra / abierta; ve el cantil, y allí se labra / una espuma de fe que no se toca."

Cada invocación, cada verso, cada silencio trascendido da cumplida derrota del curso de sus aguas... El mar salta desde Otero hacia Dios, es una corriente de duda y de deseo que alea al poeta con el mar y a éste con el Supremo forjando el "climax" de su trinidad poética, aportando

consecuentemente un vuelo místico del que no acostumbra a hacer gala Pablo Neruda. Este, lleva el océano hasta sus orillas, funde su espuma con la arena y deja en ella el mensaje humano de la huella, el pie descalzo paseando atardecidas. A pesar de ello -y esto es lo extraordinario del chileno-, marca la pauta de una fe determinada, absuelta de la impureza de las sectas, enraizada a la raíz misma del hombre, engarzada a la altura de su sombra planetaria: "Y yo transmitiré sin decir nada/ los ecos estrellados de la ola,/ un quebranto de espumas y arenales,/ un susurro de sal que se retira,/ el grito gris del ave de la costa./ Y así, por mí, la libertad y el mar/ responderán al corazón oscuro."

A la raíz misma del hombre, a la del árbol, a la del día decantados hora tras hora, una fe, la de Neruda, verdaderamente auténtica, elemental e intrasferible. Fe con la que el vizcaíno, pienso, no llegaría a comulgar jamás a pesar de la "conversión" ideológica experimentada posteriormente a la época en que fueron escritos los versos que venimos comentando. Su andadura filocomunista, su dedicación total al hombre y a cuantos a éste le rodea le condujo a escribir versos como estos: "Maravilloso mar el de la muerte./ Tocar el fondo, al fin, tocar el fondo./ No hender las olas en que hoy me escondo,/ sino hacer pie pisando, ahondando fuerte."

Versos que comportan un acercamiento al "campus religioso" del chileno, pero con los que -en definitiva- Otero no consigue sacudirse el lastre traumático que las sectas -en este caso la católica- imprimen con su ambiguo magisterio. Todos, o casi todos los versos de las últimas etapas de Blas relacionados con su derrotero metafísico denotan una singular carencia de rotundidad, una escasez de afirmación que, por contraposición, bien podrían ser calificados de afianzados por cuanto a la duda se refiere. Lo cierto es que, a pesar de tener en sí mismo una finalidad objetiva, concreta, de pronunciamiento, se vislumbra a través de ellos una cierta debilidad -agazapada- y la sombra del Dios establecido, uniformado. Por estos motivos,

posiblemente, los versos -magistrales- del vizcaíno quedan un tanto separados de los de Neruda, verdaderos formularios -algunos de éstos- de una indestructible fe, inclasificable y pagana, mas no exenta de amparo de algún código divino: "Viene el mar y reúne nuestras vidas/ y sólo ataca y se reparte y canta/ en noche y día y hombre y criatura."

Pero no acaba en este sustrato metafísico el capítulo de connotaciones de estos poetas con el mar; éste es también masa, volumen luminoso, plancton de voz y de misterio... concepciones aplicadas unas veces a la esencia anímica del hombre o a los intrincados anagramas de su pensamiento, como se desprende de este fragmento de "Serenata" compuesto por Neruda: "Es la noche oceánica, la soledad tercera,/ una vacilación abriendo puertas, alas,/ la población profunda que no tiene presencia/ palpita desbordando los nombres del estuario."; y otras en las que su grandiosidad y la deriva propia de sus reflejos se entretienen con el más puro sentimiento romántico y coronan una de las vertientes más lúcidas de la poesía de Blas de Otero: "Mares, alas, intensas luces libres,/ sonarán en mi alma cuando vibres,/ ciega de amor, tañida entre mis brazos./ Y yo sabré la música ardorosa/ de unas alas de Dios, de una luz rosa./ de un mar total con olas como abrazos."

Y así, de la cotidianidad contundente del Pablo: "y cada día en el balcón del mar/ abre las alas, nace el fuego/ y todo sigue azul como mañana.", a la proyección política o filosófica del oleaje de Blas: "Oidlos cual al mar, Muerden la mano/ de quien la pasa por su hirviente lomo./ Restalla al margen su bramar cercano", sigue el mar frunciendo sus sirenas, cincelando con su embaute cada verso, dirimiendo con su labio los escollos, desvaneciendo pleamares, abanderando nuevas costas imposibles... ofreciendo

-en fin- el aire ignoto de sus valles insondables a aquellos que respiran el nácar de su espuma, a quienes, entre tritones y nereidas, ensanchan la alegría de los puertos, se sumergen en la cala del amor y vuelven luego: "con/ un puñado/ de palpitantes/ frutos/ submarinos,/ góticas caracolas,/ erizados erizos: "... Mar de fondo y sin más cima el del chileno, mar abierto en el que tiene cabida el rayo rojo de la sangre, el latido del humilde apabullado y el gesto solidario de su verso: "Rápida raza/ de mis compañeros,/ más que el mar es la tos/ quien los golpea/ como en redes rotas/ sus difíciles vidas/ sin unidad, resbalan/ a la muerte."; olas humanas, cantiles para el sueño, mareas que convergen en el afilado tajar de Otero, en la herida que avanza entre la broza y que tanto sabe de la soledad y de la angustia. Nadie mejor que él para reclamar de Neruda un bálsamo de aire y caracolas: nadie mejor para rescatar del araucano el verso que pueda servir de luz y de alimento a todos los que son y que serán: "Sí, océano. solemne/ es tu insistente/ vaticinio, la eternidad/ del canto en movimiento,/ tu coro/ entra en mi corazón, barre las hojas/ del fallecido otoño".

Nada más indicado que dos versos suyos para epílogo de este ligero esbozo de acercamiento entre dos grandes poetas marinos... de la tierra, porque: "Nada es tan necesario al hombre como un trozo de mar/ y un margen de esperanza más allá de la muerte".

PABLO G. DE LANGARICA